

APUNTES DE POLÍTICA UNIVERSITARIA

Coronavirus: La educación (digital) interpelada

Coronavirus: la educación (digital) interpelada

Las medidas de distanciamiento social que se imponen a partir de la pandemia de COVID-19 están alterando la práctica docente y la producción de conocimiento, y nos obligan a generar estrategias de emergencia que resultan complejas de implementar en el contexto actual. El traslado de nuestra actividad al entorno virtual despierta incomodidades y preocupaciones, pero también promueve descubrimientos y actualiza debates que trascienden esta coyuntura para proyectarse como un campo de reflexión necesaria para una actividad académica crítica y comprometida con el derecho a la educación, al conocimiento y la cultura. En estos Apuntes de Política Universitaria, el IEC – CONADU presenta una serie de aportes producidos en cuarentena, para que el distanciamiento no nos aísle, y para seguir discutiendo también el día después.

Paula Cuestas y Nicolás Welschinger, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad Nacional de La Plata – Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales (FaHCE/UNLP - IdIHCS/CONICET)

¿Grupos de WhatsApp, Tik Tok, Wix, sí o no? Las iniciativas de educación digital que se están creando para sostener la continuidad pedagógica frente al #CoronavirusEnArgentina son muy importantes porque son un modo de trabajar contra la desigualdad de capital educativo familiar. No se trata de que lo digital reemplace las clases, o las tics a la escuela, se trata de mitigar la mayor desigualdad que el COVID-19 ya está produciendo.

El desafío de Seguir Educando

La cuarentena no son vacaciones. Para las y los docentes son días de mucho trabajo, intercambio y aprendizaje autogestivo. Sorprende ver la agilidad con la que rápidamente se activaron redes de contención y compañerismo colaborativo entre educadores: compartimos estrategias, consejos e intercambiamos materiales para hacer pie en este clima de incertidumbre.

Para hacer frente a la suspensión de las clases desde el portal Educ.ar se lanzó Seguimos Educando y desde la provincia de Buenos Aires Continuamos Estudiando, dos iniciativas que buscan poner a disposición una colección de materiales y recursos educativos digitales que docentes y estudiantes puedan utilizar en estos días de cuarentena.

Hace más de una década que programas como Conectar Igualdad nos pusieron a docentes, estudiantes y familias ante la necesidad de que la educación incluyera la alfabetización digital. Esto desató múltiples controversias que aún permanecen abiertas, porque implicó repensar brechas, desigualdades, teorías y recursos. Así es necesario señalar que –entre saltos y empujones– ya hay en el país un largo camino recorrido sobre el tema que hoy permite poner a disposición –casi al tiro de un click– materiales formativos, tutoriales, artículos y propuestas concretas sobre tecnología educativa.

Hola profe, le llegó mi gif?

Las estrategias docentes para garantizar la continuidad pedagógica son diversas: desde grupos de WhatsApp y Facebook hasta la carga de materiales en Drive o su envío por correo electrónico. Hay quienes crean blogs con Blogspot o a través de la plataforma Wix. Durante los primeros días, Google Classroom parecía ser la opción más utilizada y puso a todas/os las/os docentes en la rápida tarea de buscar tutoriales para familiarizarse con esta vía (el uso de datos personales por parte de esta empresa amerita un extenso debate por sí mismo).

El trabajo de sostener el vínculo escolar a través de estas iniciativas de educación virtual contempla mil problemas que en la actual situación no se pueden esquivar. Implican que las propuestas dialoguen cada vez más con la actividad prosumidora y las narrativas transmediáticas que miles de jóvenes despliegan todos los días.

¿Que distingue una intervención pedagógica/educativa de carácter digital de cualquier intercambio como los que habitualmente suceden en las redes? En estas intervenciones hay profesionales, hay un/a docente trabajando, pensando qué se enseña, a quién lo enseña y cómo lo enseña. No sólo se ofrecen contenidos, no sólo son las tecnologías de transmisión, hay una intencionalidad pedagógica, poniendo a disposición un nexo entre contenido, destinatarios/as y (nuevos) medios.

Es clave que las familias comprendan que los límites y fronteras escolares son recursos centrales, fundamentales, para el trabajo docente y que también se pueden construir reglas y jerarquías en los usos de redes. Es posible trabajar a contrapelo de las metáforas de cercanía que proponen las apps sin renunciar a la tarea pedagógica.

Hay propuestas que exploran la potencialidad educativa de construir en lo digital lo que llaman el "tercer espacio": un espacio poroso entre la escuela y la cultura mediática, ya que el aprendizaje con medios digitales está situado en esa arena de lucha cotidiana que es donde se juega la creación de una nueva cultura popular. En estos días de aislamiento y distanciamiento social, docentes y estudiantes “seremos lo que hagamos, con lo que las redes y los medios quisieron hacer de nosotros”.

¿Qué hacemos ante la desigualdad agravada?

María es docente en un secundario laico y privado ubicado en un barrio residencial de clase media. Los/as estudiantes de María tienen modelos de celulares nuevos, veloces computadoras y conectividad desde sus hogares en los que pasan esta cuarentena. Muchos/as de ellos/as, además, juegan con la Play, leen con sus Kindle y miran series en simultáneo por Netflix. Desde el colegio se le solicitó a María que preparara “clases virtuales” y las subiera a Google Classroom, desde una cuenta institucional creada especialmente para esta situación. A su vez se solicitó a todas/os las/os estudiantes que se hicieran cuentas de Gmail para poder sumarlos al Classroom. María subió sus clases de Proyecto y las compartió con sus estudiantes. En menos de dos horas la mayoría de ellas/os ya se habían sumado y no tardó en recibir la entrega de los trabajos que solicitó.

Lucía da clases de Prácticas del lenguaje en una pública de nivel medio ubicada en el centro de la ciudad, que ha recibido el Plan de Mejoras Institucionales. Si bien no todos/as sus estudiantes tie-

nen computadora, sí cuentan con celulares con conexión a Internet (con un sistema prepago). La escuela tiene su propia página web y desde la primera semana se encuentran allí disponibles los links de los distintos formatos (Drive, Classroom, blogs de acceso abierto). Lucía envió sus consignas de trabajo y en la primera semana ya había recibido varios intercambios de correos de sus estudiantes con consultas.

Ana es profesora de Sociología en quinto año, en una escuela pública de nivel medio de un barrio periférico. La escuela cuenta con una matrícula muy baja de estudiantes: si bien en el listado figuran quince, a clase asiste realmente la mitad, y como no suelen ser los/as mismos/as, se dificulta la continuidad pedagógica, inclusive en condiciones de “normalidad” con clases presenciales. No todos/as los/as estudiantes del curso tienen celular, y son menos aún los/as que tienen conexión a Internet, por lo que a veces se comparten datos. Cinco días después del inicio de la suspensión de clases, Ana aún no tenía estudiantes registrados en su Classroom.

El tipo y la modalidad de acceso a la conectividad, el tipo de dispositivo tecnológico, las capacidades de gestión de la institución educativa para organizar y centralizar las propuestas pedagógicas de sus docentes, son todas variables que tienen un impacto disímil en las posibilidades de garantizar la continuidad pedagógica, en un sistema educativo marcado al extremo por la desigualdad. Un sistema fragmentado por las políticas neoliberales de los años noventa al punto que ya casi no es un sistema; cristalizado, de hecho, en circuitos segmentados de escuelas para pobres, para clases medias y escuelas de élite. Esto genera experiencias fuertemente diferenciales para enfrentar las consecuencias del virus: una situación que no podemos naturalizar, contra la que no deberían escatimarse esfuerzos ni recursos para revertirla.

En la universidad, las clases no llegaron a iniciarse antes de la cuarentena. Fernando es parte de un equipo de cátedra que todos los años, en marzo, recibe ciento cincuenta ingresantes. La cátedra suele dedicar los primeros días de clases a introducirlos/as en la lógica universitaria familiarizarse con la institución, las nuevas lecturas, los tiempos de estudio. Ahora, ante esta imposibilidad, en el equipo temen no lograr vincularse con la totalidad de estudiantes y que la desigualdad de la brecha digital reduzca el ingreso. Si bien la universidad pública invirtió mucho en estos años en plataformas digitales (Campus Virtual con Moodle, Siu Guaraní), la continuidad para muchos/as de los/as estudiantes se dará a través de sus celulares. Las universidades, pese a la mayor familiaridad que tienen en el uso de plataformas digitales, no quedan exentas ni de las dificultades que supone adaptar clases presenciales a “aulas virtuales”, ni de las dificultades de garantizar acceso a todos sus estudiantes. El vínculo pedagógico se construye más allá de una inscripción administrativa. Interrumpir ese vínculo es potencialmente causa de abandono de la educación en todos sus niveles.

Ya hace tiempo sabemos que la (des)conexión, la digitalización, es una nueva dimensión de la desigualdad y la crisis del coronavirus no hace más que acentuarlo al punto de la obiedad. No acceder a la conectividad hoy no es sólo no poder acceder a una clase o actividad escolar, sino también a un largo etcétera (un beneficio social, un trámite online, una información clave) que quienes vivimos conectados/as naturalizamos como todo privilegio. Ya sabemos que los/as nativos/as digitales no existen y que lo realmente existente son las desigualdades, no solo generacionales, sino interescolares. Si no tenemos en cuenta este nivel de fragmentación, y no se presentan propuestas integrales para hacer frente a esta emergencia, esta situación potenciará las desigualdades ya existentes.

¿Hacer de la necesidad, virtud?

La preocupación no es sólo nuestra: la pandemia nos obligó a todos/as, en el mundo entero, a pensar nuevos formatos pedagógicos, a revisar nuestras prácticas docentes, a familiarizarnos con herramientas digitales, a adaptar contenidos que no han sido pensados originalmente para la “virtualidad”. El desafío para los/as docentes es enorme: el más infinito de los repositorios digitales, el más interesante de los materiales didácticos, la más entretenida de las apps, son todos recursos inertes si no hay una apropiación activa, crítica y pedagógica. No basta con que ministerialmente se impulsen propuestas y acciones tendientes a garantizar la continuidad pedagógica, las/os docentes debemos apropiarnos de esos recursos que comienzan a circular y, sobre todo, aprender a entablar nuevos diálogos con nuestras/os estudiantes, retomando sus intereses a partir de las narrativas transmediáticas y las producciones digitales que ya despliegan en su cotidiano con las redes.

Sumar humanidad –presencia, voz, afectividad y cuerpo– a la virtualidad –la simple grabación de un video, un audio, una selfie por nuestra parte– para crear o sostener un vínculo escolar truncado por la pandemia. No estamos diciendo que las estrategias de educación digital puedan o incluso que deban reemplazar a las clases o que las tics lo hagan con la escuela. Es un error común pensar estas estrategias bajo el formato del “reemplazo” de las clases presenciales. Todo lo contrario, lo que estamos diciendo es que se trata de comprender la potencialidad y las especificidades de estas nuevas mediaciones.

De cara al debate público

Hay quienes afirman que el coronavirus está interpelando a la forma escolar de modo inédito, hay quienes nos preguntamos si era necesario enfrentar esta situación para reconocer el potencial de la digitalización, la prosumición, las narrativas transmediáticas. En todo caso lo importante es poder identificar que estamos ante una buena oportunidad colectiva para hacerlo.

Debemos generar conciencia de que el nuevo escenario abierto por la irrupción del coronavirus va a demandar más y mejores presupuestos para la educación y recursos para la docencia. También va a precisar de la revisión y la modificación de nuestras prácticas pedagógicas, en todos los niveles educativos y en la especificidad de cada escenario.

De esta crisis deben surgir iniciativas que logren perdurar luego de la pandemia. Los aprendizajes y habilidades en torno a la digitalidad que se desarrollan para enfrentar el aislamiento pueden volverse valiosos insumos generando estrategias para combatir la desigualdad en el sistema: la extensión de la jornada educativa, el impulso a la generación de contenidos transmediáticos por parte de agencias estatales, y el restablecimiento de un diálogo activo y fluido con los intereses de nuestros estudiantes.